

efecto de la transmigración de los pueblos y del advenimiento del cristianismo entre los germanos. Las dos causas juntas han provocado toda una serie de cambios religiosos, políticos y sociales, de destrucciones y de creaciones nuevas; pero el aspecto de esta enorme fermentación, de esta lucha de fuerzas que se atraen ó se repelen, no es agradable, como tampoco puede llamarse edificante, con excepción de unos pocos puntos luminosos, el resultado civilizador de la época de la transmigración de los pueblos. Era una generación dura, férrea, ó antes bien una larga serie de generaciones duras y férreas que se revolvían en el mundo durante aquel período, exuberantes de sensualidad, de apetitos vigorosos, no haciendo caso de preceptos divinos ni humanos en la satisfacción de sus pasiones feroces. La mezcla de lo germánico con lo romano, de lo gentil con lo cristiano, producía en todos los terrenos unas formas extravagantes; en todas partes acometidas, principios, rudimentos; en ninguna parte proporción, belleza ni armonía. Las tradiciones de la civilización antigua podían ejercer su acción generosa solamente en algunos hombres y mujeres, y lo mismo sucedía con los motivos humanos contenidos en el cristianismo. La existencia doméstica y social de los conquistadores germanos, así como de los conquistados romanos era una mezcla confusa de contrastes chocantes: pompa y desnudez, despilfarro y miseria, glotonería y hambre. En los palacios de los príncipes germanos que habían pertenecido á senadores y caballeros romanos, descubriase en todas partes, detrás del amontonado botín de atavíos y obras artísticas, la barbarie y falta de gusto característicos de los habitantes de las selvas. En la cocina, la bodega y la mesa las costumbres romanas iban predominando cada vez más, pues los alemanes no tardaron en descubrir que en Italia y Galia se comía y se vivía mejor, que allí se sabía más en eso de guisar y hacer vino que en Germania.

El traje revelaba por parte de los hombres no ménos que el de las mujeres, gran predilección por la variedad de colores y la abundancia de adornos. El sayo, el cinturón y el manto eran todavía las principales prendas de vestir para hombres y mujeres, hasta que la introducción de los calzones produjo una revolución en el traje masculino, perteneciendo probablemente á los longobardos el mérito de acabar con la desbragadez de los germanos. Tampoco tardaron las mujeres germanas en aprender las artes romanas del atavío personal, subsistiendo, con todo, el carácter fundamental del traje femenino tradicional. La germana distinguida de la época de la invasión presentábase del siguiente modo: en la cabeza llevaba un velo sujetado por un aro de oro guarnecido de pedrería, cuyo velo, ondulando por las espaldas, dejaba el rostro libre; el cabello estaba dividido en medio de la frente, pendiendo de las sienes en dos trenzas que caían sobre el pecho; la túnica, de lienzo, apretada y de mangas estrechas hacía resaltar las formas del tórax y ceñida en los lomos con un ancho cinturón guarnecido también con adornos de oro alcanzaba en muchos pliegues hasta el calzado, que consistía en zapatos de cuero de color y adornados con bordados de metal; el cuello y el pecho estaban cubiertos de ricos aderezos de oro y pedrería, los brazos adornados con aros y los dedos con anillos y sortijas. El vestido exterior, capa ó manto, de seda tupida, de

mangas muy anchas, era llevado por las damas elegantes de manera que enseñaba mejor que cubría las formas del cuerpo.

En todas las épocas, lo que dicen de las mujeres, en verso ó en prosa, es característico para el estado momentáneo de la sociedad de la época respectiva. Aplicando este principio general á la época de las invasiones, no podemos alabar mucho á las mujeres germánicas de entonces, teniendo en cuenta, empero, que las mujeres que se señalaron por sus pasiones indómitas ó su profunda corrupción son precisamente las de que tenemos más noticias. Así y todo no se puede negar que la disolución de las relaciones matrimoniales era grande en la época de las invasiones y permaneció así durante mucho tiempo. El daño principal consistía en el mal ejemplo que los grandes daban con sus *frilas* ó concubinas, porque los pequeños los imitaban hasta donde podían. Es cierto que la Iglesia intentaba oponerse á esa peste del «multimulierismo», pero sus esfuerzos quedaban infructuosos y no podía impedir siquiera que las moradas de sus propios ministros, los curas, estuviesen hartas veces dotadas de *frilas*, tan abundantemente, que parecían haremes musulmanes.

Tampoco la circunstancia de que las hijas de los príncipes fueran convertidas cada vez más en instrumentos de la especulación diplomática, en recursos y palancas de la política, como empezó á hacer sistemáticamente el rey Teodorico al casar á sus hijas y sobrinas, era apropiada á moralizar y ennoblecer á las mujeres, porque así aprendían á ser actrices aficionadas en lugar de víctimas pasivas de la política, generalmente á costa de los sentimientos generosos propios de la mujer y por desgracia también á expensas de los pueblos. Aun la ilustradísima hija del gran Teodorico, Amalásvinta, la mujer más notable de su época, no acertó á manejar sino en perjuicio de su pueblo, las riendas del Estado en calidad de tutora de su hijo Atalarico, y después de la muerte de éste en calidad de regente del reino, sin merecer por esto la terrible suerte que le preparó su primo Teudabado á quien había hecho coregente, pues este la mandó ahogar en el baño en una isla del lago de Bolsena (en 534), fechoría que por sí sola justifica lo que hemos dicho más arriba, que durante las invasiones los germanos combinaban á veces con su salvajismo silvestre la perfidia de los bizantinos.

En aquella época las mujeres germánicas no se arredraban ante la deshonra y la infamia, ni ante la prostitución del cuerpo y del alma cuando se trataba de satisfacer sus desbordadas pasiones. Una prueba horripilante de ello es lo que el diácono Pablo, hijo de Varnefrido, refiere en el capítulo 28 del libro segundo de su «Crónica longobarda», como la reina Rosmunda para tomar la venganza de sangre por su padre Cunimundo en cuyo cráneo convertido en copa, su esposo Alboino la había obligado á beber, se prostituye para conseguir que asesinen á su esposo indefenso y dormido, (en el año de 592). Otra reina longobarda, célebre á causa de su celo por la propagación del cristianismo, Teodelinda, hija de Garibaldo, rey de los bávaros, fué sospechada de ser autora ó al ménos cómplice del envenenamiento de su esposo Antario. El segundo casamiento de Teodelinda es un ejemplo interesante de la libre elección del marido que á veces se concedía á las princesas germánicas como á

las de la India antigua. El diácono cronista longobardo, refiere lo siguiente: «A la reina Teodelinda le permitieron los longobardos, porque les gustaba, conservarse la dignidad real y le aconsejaron que eligiera por marido á quien quisiera entrè toda la nación, pero prefiriendo al que supiera gobernar con energía. Consultó, pues, á los hombres sensatos y eligió á Agilulfo, duque de



TEODELINDA ELIJE ESPOSO.

Turin, por su esposo y por rey de los longobardos. La reina mandó, pues, por él, y cuando le tuvo á su lado, hizo traer vino, y después de beber á su salud le presentó la copa, que Agilulfo tomó luego de besar respetuosamente la mano de Teodelinda. Esta entonces sonrojándose y sonriendo, le dijo que no debía besarle la mano el que estaba destinado á besarle la boca. Luego le mandó levantarse al arrodillado y besarla y le habló de bodas y de la corona real. ¿Qué más? Entre algazara y júbilo general celebrese el casamiento (en el año de 590).

Las mujeres contribuyeron muchísimo á la propagación del cristianismo entre los germanos. En esa religión del dolor y de la resignación, la fantasía y la ternura femeninas encontraban cierto aliciente: el Dios sufridor flechó á las mujeres. El Crucificado movía su interés, y así un sentimiento puramente humano les inspiraba la fé en el hijo de Dios que se había sacrificado también por ellas. Además, la posición de la mujer en los pueblos germánicos, al ménos jurídicamente, era muy apropiada á hacer á las mujeres muy accesibles á las promesas cristianas de una existencia más feliz en otro mundo. El paganismo germánico había reservado exclusivamente á los hombres las delicias

de Valhala; el cristianismo abría también á las mujeres las puertas del cielo. Indudablemente por la viva participación del sexo femenino en la cristianización de los germanos, se introdujo en la misma más sentimiento y corazón, no de repente por cierto, sinó gradualmente, y al principio más bien en algunos casos individuales que en general. Más tarde contribuyó indudablemente muchísimo á hacer más suaves y morigerados á los germanos convertidos al cristianismo, el culto de Maria constituido en foco central del catolicismo. La corona de la Reina de los cielos esparcía su resplandor sobre todas las mujeres germánico-cristianas, combinándose con la veneración de la «Madre de Dios» el recuerdo del antiguo papel sacerdotal de las mujeres. La fantástica poesía caballeresca echó luego el resto, y así veremos en la época más floreciente de la Edad Media, que la mujer, al ménos en teoría, forma la corona y el centro de la sociedad.

La propagación de la nueva fé entre los germanos y por los germanos, era una necesidad histórica que se realizó muy rudamente como todas las necesidades de este género. En semejantes periodos de transición el hombre se conduce como fiera, y como á tal cometía sus tropelías más atroces durante la época de que tratamos, en Francia bajo el reinado de los merovingios. No sólo sería injusto sinó hasta tonto dar la culpa de todo lo horroroso que ha sido perpetrado en la corte y el país de los reyes «cristianísimos» á la nueva fé; pero no sería ménos tonto y equivocado el negar que el efecto ético del cristianismo entre los francos era igual á cero. La facinerosidad, el salvajismo y la disolución aumentaron aún en ese pueblo después de aceptar el cristianismo, lo cual no nos puede extrañar, porque ese cristianismo franco era una superstición mucho más grosera y grotesca que el antiguo culto de la naturaleza. ¿Cómo, pues, habría podido domar á la fiera humana? Hasta los mejores entre los francos habían perdido por completo la noción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y lo injusto. Testigo de ello es el célebre cronista franco, Gregorio de Tours (murió en 595), quien en su historia de los francos, escrita en latín, ha pintado la vida llena de vicios y crímenes de sus paisanos, sin indulgencia ni encubrimiento, como quien refiere cosas muy naturales. Enorme debía de ser el salvajismo de una época en que el hombre más culto de su pueblo, como Gregorio era sin duda, y además cristiano piadoso y obispo ortodoxo, no echaba de ver la atrocidad que cometía exclamando en alabanza y loor de Clodoveo después de referir todos los horrores y hechos abominables de su rey «cristianísimo»: «De día en día Dios derribaba los enemigos de Clodoveo y agrandaba su reino porque caminaba ante él con recto corazón y hacía lo que era agradable á sus ojos.» Al mónstruo Clodoveo, nos le presenta el piadoso obispo sencillamente como modelo de cristianos. También es preciso conocer las descripciones que Gregorio hace de la vida monacal de entonces, para formarse idea de los efectos del cristianismo entre los francos. ¡Qué frailes y qué monjas! Muchísimas veces no eran sinó fieras con capucha y velo, y sin embargo, los conventos eran los únicos asilos á donde los mejores de los hombres y mujeres podían retirarse para sustraerse á la bestialidad que les rodeaba por todas partes.

Hasta las damas reales, nobles pero raras prendas de su sexo, escondíanse detrás de los muros del convento porque sólo estos parecían ofrecerles una valla protectora contra la corrupción general. Así hicieron Radegunda, esposa de Clotario de Soissons, y Baltilda, esposa de Clodoveo II. El drama de los vicios y horrores de los merovingios llegó á su colmo en la famosa contienda mujeril rebotante de atrocidades y crímenes, entre Brunilda, esposa del rey Sigiberto, y Fredegunda, concubina del rey Chilperico. Estas dos furias procuraban hacer la una contra la otra y su familia cuanto puede discurrir la imaginación más salvaje; pero la venganza que el hijo de Fredegunda, Clotario, tomó en Chalons en el año 614 en la enemiga mortal de su madre, la anciana asesina Brunilda, que había caído en sus manos, es de lo más espantoso que el sol ha visto jamás. Después de echarle en cara á la malhechora todos sus pecados, el rey la mandó atormentar durante tres días, luego la hizo poner sobre un camello y conducir por las calles de su campamento para espectáculo de sus secuaces, tan feroces como él mismo, y finalmente la mandó atar de un pié y un brazo á la cola de un caballo fogoso para que la matara á coces. De esta manera, con horror de los hombres, acabó sus días la hija del rey visigodo Atanagildo; aquella que su contemporáneo Venancio Fortunato, cuando llegó á la corte franca como esposa del rey Sigiberto, había saludado con unos versos latinos calificándola de «bella, graciosa, sensata, modesta, linda y bondadosa, noble por su hermosura y entendimiento, como por su ilustre prosapia.»

En medio del salvaje estruendo de aquellos tiempos, unos hombres como Gregorio y Venancio se dedicaban tranquilamente al culto de las musas, entonando este último por el año 600 su canto de Navidad: *Agnoscat omne seculum venisse vitæ premium*. Los clérigos cristianos reservaban las tradiciones de la cultura antigua de la destrucción por el diluvio de las invasiones, encontrando los autores clásicos un asilo en la biblioteca de los conventos; los cronistas monacales procuraban escribir la historia de su tiempo en el lenguaje de Livio, y los salmistas cristianos interpretaban el misterio de la humanización de Dios, y ensalzaban la virginal maternidad de la Reina de los cielos en las formas poéticas de Virgilio, Horacio y Tibulo. Lo que los sacerdotes cristianos han hecho entonces y más tarde para guardar la lumbrera de la civilización que había ardido al pié de la Acrópolis y del Capitolio para que no la apagara del todo el espantoso huracán de la invasión, merece y obtiene el agradecimiento de todos los hombres pensadores. No importa que la Iglesia haya sido acaso involuntariamente la heredera de la civilización greco-romana; el hecho es que ha sido la heredera y que voluntaria ó involuntariamente tuvo que administrar esa herencia. Es verdad que la administración era á veces muy descuidada; pero la luz no se apagaba del todo, sinó que seguía ardiendo durante toda la Edad Media y al final de la misma echó otra vez una llama tan intensa y tan hermosa que un nuevo día intelectual amaneció para Europa.

En los tiempos caóticos que siguieron á la caída de la Roma occidental, la Iglesia fué la única potencia constante y al mismo tiempo progresiva; no solamente era la propietaria de lo que llamaba el tesoro de las gracias divinas,



BRUNILDA.

sinó que también era la tesorera de todo el capital de cultura, y era natural que al convertirlo en moneda acuñada grande ó pequeña empleara el troquel eclesiástico, como también que intentara y lograra poner en todas partes su generalidad universal en lugar de las particularidades nacionales. No había que pensar en una resistencia por parte del germanismo, disgregado, errante durante varios siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto y conoedor de sus fines. Lo que la Roma cesárea no había conseguido, logrolo la Roma papal: la sumisión de los germanos. Aceptando al Dios ajeno y su culto, los germanos aceptaron también la civilización que los sacerdotes de ese Dios les enseñaban é imponían. Así empezaban en la tierra alemana los trabajos de la civilización romano-cristiana; pero el romanismo no podía sustituirse al germanismo tan completamente que no subsistiera un germen fuerte de nacionalismo alemán del cual se desarrolló más tarde, en la Edad Media, la oposición tenaz de los alemanes contra Roma. Mirando más de cerca, encontraremos que esta oposición, esta repugnancia instintiva de raza contra todo lo romano, existía ya en la época de las invasiones, manifestándose en la manera notabilísima como se desarrolló la poesía épica nacional de los alemanes; éstos no abandonaron tan completamente á sus héroes indígenas por los santos extraños que habían querido imponerles ya por la fuerza, ya por la persuasión.

Precisamente en el período de las grandes conversiones al cristianismo las tradiciones nacionales deben haber adquirido su forma constante por el cultivo cariñoso por parte de los vates y trovadores errantes, y por la correspondiente afición del pueblo. Las figuras de estas tradiciones antiguas y antiquísimas (borgoñonas, hunas, ostrogodas, friso-dano-normandas, escandinavas, longobardas) respiran todas, hombres y mujeres, el lozano vigor y la indómita pasión de la época de las invasiones, y de todas ellas resuena el estruendo de las armas de aquellas luchas gigantescas que destruyeron un mundo decrepito despejando el puesto para otro nuevo. La memoria del pueblo conservaba fielmente durante muchas generaciones el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, transmitiéndolo á la poesía épica de la época estáufica que dió á las figuras de hierro un barniz romano-cristiano y las revistió del traje caballeresco. Pero la naturaleza germánico-pagana asomaba siempre de nuevo á través de la capa romántica, y el que sabe leer esos antiguos cantos heróicos no dejará de oír el susurro de los bosques germánicos ni de ver en el crepúsculo de los tiempos como los hijos de los hombres pretenden la mano de las Valquirias y como en la aurora presagio de las tempestades de la incipiente Edad Media los torrentes de armisonos germanos se precipitaban de lo alto de los Alpes sobre la tierra hespérica para ejecutar los fallos del destino pronunciados contra Roma.



CORTE DE CARLOMAGNO.

## II

## Época Carlovingia.

Cuando las ideas que sostienen una nueva época del mundo han madurado poco á poco; cuando la satisfacción de las necesidades de una época se ha hecho inevitable é imprescindible, suele levantarse en medio de sus contemporáneos un hombre poderoso que concentra en sí sus aspiraciones y tendencias, sus impulsos buenos y malos, su codicia y su vigor; un hombre con la cabeza de regente y la mano de criador, conociendo claramente lo que los demás sólo vislumbran; quien acomete resueltamente aquello á que los demás se acercan con timidez; quien opera con el hierro y el fuego cuando otros recetan ungüentos y cataplasmas; uno que cierra lo pasado y abre lo porvenir, llevando en una mano la espada de la conquista, y en la otra el arado de la civilización; un atormentador al mismo tiempo que bienhechor de la sociedad, un déspota de la cultura que labra vigorosamente el campo de su época y siembra buenamente semilla de una civilización nueva en los surcos, no vacilando, por otra parte, en abonar el suelo con centenares de miles de cadáveres. Los caracteres principales de semejantes hombres predestinados son su perspicacia que abarca lo más grande como lo más pequeño, aptitud de mirar con el mismo interés lo más alto y lo más bajo, la incansabilidad con que cuidan de todo, la circunspección cautelosa y la acción rápida, la indiferencia moral, ó mejor dicho inmoral, en cuanto á los medios cuando se trata de alcanzar un grande objeto, el rígido realismo en la consideración, en la apreciación, en el uso y consumo de los hombres y de las cosas, y por